

Los quiero libres

Padre Guillermo Trillard. De un Punto Corazón al otro N° 50.

En 1991, cuando la obra Puntos Corazón estaba aún en sus comienzos, Padre Thierry de Roucy se preocupó cuidadosamente en escribir a los Amigos de los niños para responder paso a paso a sus primeros descubrimientos. En una de estas cartas, les decía claramente: « Los quiero libres ». Catorce años han pasado ya, pero el objetivo es el mismo. En el mes de julio de 2004, concluyendo el encuentro de todos los consagrados de la Obra, seguía insistiendo en el mismo sentido: « No tengo más que un solo objetivo: educarlos para la libertad (...). Los quiero verdaderamente libres. Liberen el Amor ».

Realmente Presente

Un carisma, como sabemos, es un don que nos introduce en una experiencia eclesial concreta hecha de rostros, de tradiciones. Sobre todo, un carisma nos vuelve más accesible la presencia de Cristo, y nos vuelve más familiares su persona y su misión. Todos estos « años Puntos Corazón » vividos « a la cabecera de la humanidad »¹, han atraído nuestra atención de una manera muy especial sobre la libertad de Cristo.

Lo que nos toca de la vida de Cristo, es esa capacidad que tiene de sorprender a aquellos que lo rodean. No tanto multiplicando las novedades para alimentar su necesidad de cambiar. Cristo los sorprende, los asombra por su capacidad de entrar en relación profunda con las personas, de estar atento a todo y a todos, de entrar en « la consistencia total de cada cosa y de cada relación »². Libre de cenar públicamente en casa de pecadores públicos, libre de encontrarse con los fariseos, de interrogarlos. Libre de presidir la oración en Cafarnaúm y libre de dejarse lavar y besar los pies por una prostituta, de dejarla « desperdiciar » su perfume precioso. Libre de encolerizarse con los vendedores del Templo o de callarse delante de Pilato. Libre de llamarles la atención a sus apóstoles: « *Ustedes no han comprendido nada todavía* », libre de maravillarse delante de ellos cuando regresaron de su misión. Libre de llorar delante de su amigo Lázaro y libre para volverlo a la vida. Libre, sobre todo, de romper el ritmo de la liturgia de la Pascua levantándose de la mesa para lavarles los pies. Libre para darles su cuerpo como alimento. Libre para ofrecerse voluntariamente a los guardias que vinieron a arrestarlo. Libre para pronunciar las siete palabras definitivas de la Cruz, para gritar su sed y para perdonar, libre para dar su Madre y libre para confesar la profundidad de su noche. Libre para entregarse al Padre.

¹ Pablo VI, discurso en la ONU el 4 Octubre 1965. Expresión retomada luego varias veces por Juan Pablo II.

² Julián Carrón, Comunicado en ocasión de la muerte de Don Giussani.

Es esta capacidad que Él tiene de vivir todo con intensidad, de entrar en la consistencia de todas las cosas, lo que mejor define su libertad. Y es esta libertad lo que suscita alrededor suyo una verdadera curiosidad y hace nacer un verdadero entusiasmo. Ninguna persona ha mirado el mundo como Él, con una disponibilidad tal que le permitiese cosechar y recoger el ser de toda cosa. Nadie hasta entonces había manifestado semejante capacidad de estar verdaderamente presente a lo que hace, a lo que vive, a la realidad que lo rodea. Totalmente aferrado, totalmente presente, totalmente comprometido, Cristo vivió, revelando, la profundidad de la libertad humana.

Esta libertad en acción deja entrever la presencia de Otro: su Padre. Su pleno dominio de los elementos, de sí mismo, revela un lazo de dependencia que lo constituye, que lo sostiene, que lo guía y que da forma a su libertad. Los apóstoles lo intuyeron. Es por eso que le suplican que los introduzca en su « secreto », en la fuente de su libertad, y que por ésta los eduque en esa relación viva con su Padre.

Una libertad para algo

Viviendo del carisma Puntos Corazón, es algo de esta libertad de Cristo que nos atrae. Libres para estar presentes, no solamente desde el discurso, desde los proyectos, sino presente realmente, en persona, entregados. Una presencia a la manera de la Eucaristía.

Esta libertad comienza necesariamente por salir de sí mismo. Como Abraham, invitado a dejar a su padre y su tierra de Caldea, como Cristo « *salió del seno del Padre* ». Dejar nuestro país, como lo experimentamos la mayoría de nosotros, nos ha hecho entrar en esta dinámica de la libertad: « *Levántate, deja todo, ve a la tierra que yo te daré* ». (Cf. Gn. 12,1)

Los encuentros hechos, los rostros de nuestros amigos, sus llamados que a veces surgen del fondo de una gran angustia, han profundizado ese « levántate, deja ». Sus gritos, su reclamo de una presencia, de nuestra presencia, de nuestra amistad verdadera y personal ha exigido mucho más que el simple alejamiento geográfico de nuestras familias, de nuestro cuadro de vida habitual: ha exigido un salir de sí mismo, un *éxtasis de sí mismo* (Zundel). Exigiendo todo de nosotros, nuestra atención, nuestro afecto, nuestra paciencia total, estos encuentros han provocado en nosotros el deseo de una verdadera libertad. Libres para estar verdaderamente presentes, « libres de nuestros platos »³ y sobre todo, libres de nuestras preocupaciones, libres de nuestros miedos al futuro, libres de nuestros egoísmos, de nuestra dificultad para escuchar, libres de nuestra imaginación, libres para amar. En este camino de educación a la libertad, con Jean Vanier hemos aprendido a encontrar el rol profético de los más pobres que gritan, que quieren nuestra persona, nuestro

³ Padre Thierry de ROUCY, *Si descendieramos más abajo*, Marzo 1992: « Dios los quiere libres, queridos míos, libres de sus platos, libres de sus comidas a horario, libres de sus seis rebanadas de pan a la mañana. Y si nuestro plato está lleno, que al menos jamás nos quejemos de la comida, del ruido, de la falta de agua... ¿No tenemos todavía demasiado? ¡Y que tampoco las discusiones sobre la comida, los menús, la recreación ocupen toda nuestra conversación! ¡Podemos hablar de cosas mejores! Las palabras banales en el país de las villas pueden llegar a ser un escándalo. »

tiempo, nuestra amistad y que quiebran así nuestras protecciones para provocarnos a la libertad de la comunión interpersonal.

Es así que hemos podido redescubrir que una libertad no pasa por la consistencia de sí mismo, es siempre una respuesta a algo exterior a nosotros mismos que nos provoca, que nos invita. Somos educados también para no tomarnos en serio a nosotros mismos, sino más bien a vivir con seriedad los miles de detalles de la jornada, la más pequeña palabra pronunciada, la menor actitud. A esta seriedad podríamos darle otro nombre, a menudo usado por P. Thierry: *la atención*, otra manera de decir respeto, y que se expresa por la delicadeza profunda en la manera de tratar las cosas y las personas.

El camino de la libertad pasa, entonces, por este estar siempre en vela, como Cristo recuerda a sus amigos: « *Velad, pues no sabéis ni el día ni la hora* ». (Mt. 25,13) – « *Miren que vengo como un ladrón* » (Ap. 16,15) Y lo que nos permite estar en este estado de vigilancia, de atención, es la compañía de aquellos que viven con nosotros el carisma. Hay siempre alguien más atento que nosotros, que me ayuda a mirar la realidad desde un ángulo mayor. Nuestras escuelas de comunidad, los encuentros con el padre espiritual, la lectura del Magisterio de la Iglesia, la amistad con Don Giussani y los miembros de su Movimiento, la escuela de maestros tales como H. U. von Balthasar y Adrienne von Speyr, Maurice Zundel, Don Le Saux, etc. Nos han formado y nos forman a la atención, dilatando poco a poco nuestra visión de las cosas.

La libertad comienza por la atención. No la atención de un simple espectador. El cardenal von Balthasar habla de una « pasividad activa », es decir, de una atención comprometida. He aquí una excelente definición de lo que es el corazón de nuestro carisma: la compasión. La compasión no es para nada un sentimiento piadoso: se trata más bien de una atención existencial, por la cual la persona que escucha y mira es aferrada, implicada por el objeto que contempla. La verdadera libertad conduce necesariamente al misterio de la compasión, pues la compasión es una forma de participación de toda mi persona en los acontecimientos de la historia, en el destino de tal o cual amigo. La compasión nos es dada, de la misma manera que nos es dado, por gracia, algo de la libertad de Cristo.

Esta participación permite una identificación interior. Mirando la realidad con los « ojos del corazón », como dice el Principito, somos provocados a una respuesta, y nuestro compromiso, que toma la forma de un servicio, se vuelve más preciso, más profundo. Por supuesto, en ciertos casos extremos este servicio es reducido a la aparente pasividad de la simple presencia, de la oración. Pero lo más común es que este servicio consista en acompañar paso a paso a nuestros amigos a través de gestos que nos parecen banales, pero que para ellos tienen un valor de eternidad. En todos los casos, esta experiencia conduce a un don de sí al otro más profundo, a la Misericordia, que es siempre amor dado.

Una actitud pascual

Si bien es cierto que ciertos momentos de nuestras jornadas son vividos con esta atención, en esta lógica del don, no es menos cierto que muchos acontecimientos nos parezcan inaccesibles, absurdos, incomprensibles, o simplemente opacos, es decir, que no dejan pasar la luz del sentido, aquello que parece oponer un límite a nuestra libertad. La experiencia de la contrariedad, más profundamente el sufrimiento de nuestros amigos, el peso de ciertas situaciones aparentemente sin salida, hacen que nuestra libertad toque su incapacidad de ejercerse verdaderamente. El don de sí al otro y a la realidad, sin segundas intenciones, parece imposible: la libertad necesita ser liberada.

Es en este sentido que el carisma de Puntos Corazón introduce a cada uno en el misterio de la Cruz, conduce a hacer la experiencia de una manera o de otra, y quedarse de pie en « este lugar del cual todos huyen »⁴. Todo esto es misterioso, pero sabemos por experiencia que es en ese lugar donde nuestra libertad madura, se expande y comienza a abrirse, poco a poco, a esta atracción universal de Cristo. « *Cuando haya sido levantado de la tierra, atraeré a todos hacia mí* ». (Jn. 12, 32). Algo dentro de nosotros percibe la invitación a participar de la libertad de Cristo en cruz, libertad que consiste en esta capacidad de quedarse, a pesar de todo, presente a todo y a todos, sin retirarse. Pues Él está siempre presente, plenamente presente, plenamente dado porque es consciente de ser enviado.

Una libertad que busca ser liberada termina por buscar « asimilarse a Cristo », asimilarse a su libertad. Por eso, pasa a participar en cierta medida en el Misterio Pascual de Cristo: « Su libertad es la verdadera libertad y nuestro llamado a la libertad es un llamado a participar de la libertad misma de Cristo. Cristo vivió su plena libertad porque, en total obediencia a su Padre, *“se entregó a sí mismo en rescate de todos”*. (1 Tim . 2, 5) »⁵

El carisma de Puntos Corazón es una de esas puertas dadas por el Espíritu Santo a la Iglesia para introducir a sus miembros en la « esfera de la Redención », según la expresión de Juan Pablo II. Es así que junto a la Virgen María, entramos poco a poco en la herencia de nuestra verdadera dignidad: « la libertad de los hijos de Dios ».⁶ \$

« Totalmente presente, totalmente comprometido, Cristo vivió, revelando, la profundidad de la libertad humana. »

⁴ Padre Thierry de ROUCY, *El lugar del cual todos huimos*, De un Punto Corazón al otro N° 33, Diciembre 2000.

⁵ Juan Pablo II, AG 10/08/83, DC 1859 (1983), 884.

⁶ Juan Pablo II, Redemptor Hominis 7: « *La Iglesia permanece en la esfera del misterio de la Redención que ha llegado a ser precisamente el principio fundamental de su vida y de su misión.* »